

2000, un año jubilar amenazado

HACE ya algunos años, y como preparación para el jubileo extraordinario del año 2000 Juan Pablo II, con su carta apostólica **Tertio millennio adveniente**, establecía dos fases de preparación. Comenzamos ya el último tramo (el 97 al 2000). Cada uno de estos próximos años deberá girar en torno a un eje principal. Este año 1997 está dedicado a la figura de Cristo. Toda celebración seria tiene que arrancar con un reconocimiento del terreno real que pisamos. Esto nos lleva a señalar baches no pequeños que encontramos en nuestro camino.

* **El año jubilar no interesa a todos.** Aunque los especialistas sitúan el nacimiento de Jesús en torno al año 6 ó 7 antes de nuestra era —la numeración actual se debería a un error de cálculo del monje Dionisio el Exiguo— el año 2000 vendría a conmemorar el comienzo de un nuevo milenio **a partir del nacimiento de Cristo**. Ya de entrada hemos de hacernos conscientes de que esta celebración no interesa a muchos millones de habitantes de nuestro planeta. El año 2000 los judíos estarán en el año 5760 de su calendario. El calendario budista marcará la cifra de 2.544 y el musulmán el año 1421. Si sumamos los millones de personas que profesan

esas religiones, caeremos en la cuenta de que para muchos el 2000 tendrá una significación lejana y poco relevante.

* El año jubilar no interesa a todos **por los mismos motivos**. No pocos se acercarán a esa fecha como a la frontera mágica que nos separa del tercer milenio. Se predecirán quizá grandes catástrofes o mutaciones espectaculares. Hace ya más de un año el alcalde de la ciudad de Nueva York ha constituido un comité para que organice un concurso de ideas sobre la manera de celebrar el paso al año 2000. Habrá una gran concentración en Times Square y un «grupo de visionarios» (**panel of visionaries**) seleccionará las mejores iniciativas que recibirán sus fabulosos premios correspondientes. Habrá una bola inmensa que bajará a la plaza neoyorquina y comenzará a subir cuando las agujas marquen el primer segundo del nuevo año. Ya se está fomentando la participación ciudadana con diversos slogans. «**Think big, think international, think gentle, think safe, think futuristic, but think**». Este atractivo del tercer milenio comienza ya a prestar su nombre a no pocos programas. Ya Carter, en 1977 al comienzo de su mandato publicaba su relación del presidente: **Global 2000**. Y numerosas iniciativas de grupos pegan esa etiqueta en sus actividades: «Salud 2000», «Administración 2000», «Ecología 2000».

* Aun a los que interesa, el año Jubilar no es seguro que interese **como debiera interesar**. El ser humano, en su propia raíz, está atravesado por una incurable ambigüedad. En lo que hace es un manojo de posibilidades y un puñado de amenazas. Esta doble condición de conquista y peligro, acecha a los individuos, a las instituciones y a la propia Iglesia. Viniendo al caso concreto de los «años santos», esta ambigüedad zocatea al año jubilar desde sus orígenes. Puede considerarse oficialmente el año 1300 como el primer «año santo» aunque ya antes hay diversas iniciativas convergentes. El 25 de diciembre de 1299 y los días siguientes hasta el 1

de enero, quienes visitasen la Basílica de San Pedro ganarían la «gran indulgencia». Fue tal la afluencia de público y tantas las peticiones, que Bonifacio VIII promulgó el jubileo, con la bula que después se esculpió en una placa de mármol que aún existe hoy junto a la Puerta Santa. Pero este mismo Papa que con una Bula pontificia anunciaba un perdón general, con otra Bula excluía expresamente del perdón a algunas personas: a Federico de Aragón, a los Colonna y sus defensores y a cuantos comerciaban con los sarracenos. Una institución, como el año santo, que nacía en la fuente de la misericordia eclesial quedaba muy pronto contaminada con las aguas turbias de la política. Después de esto vendrá el destierro de Avignon y el Cisma de Occidente. La política sigue condicionando los siguientes «años santos»: los jubileos de 1350 de Clemente VI en Avignon, los de 1390 y 1400 de Bonifacio IX, el de Martín V en 1425, después del cisma de Occidente.

NO podemos seguir de cerca la historia. Pero los buenos propósitos que todo año santo alberga al iniciar su recorrido tienen que ir sorteando peligros diversos como la espectacularidad efímera, el pietismo, la incredulidad. Y también, aunque lo mencionemos brevemente, la dimensión económica. El interés por el dinero y la codicia clerical en la predicación de las indulgencias fueron una de las últimas chispas que desataron la reforma protestante.

El giro hacia un jubileo más espiritual y pastoral se da en 1875, con Pío IX. El Papa ya no era el Papa-Rey y se consideraba prisionero en el Vaticano. A partir de allí se buscaba sobre todo un estilo más espiritual. Así se pretende desde entonces. La afluencia de peregrinos ha ido creciendo desde los 300.000 de 1900, los dos millones y medio de 1950 y los casi 9 millones en 1975 con Pablo VI. Queda siempre el temor de si esas afluencias multitudinarias son en gran parte y nada más inundaciones pasajeras que arrasan la superficie pero las capas más profundas de la tierra quedan secas...

¿En qué ambiente celebramos el año jubilar?

UNA celebración, para que sea auténtica, debe echar raíces hondas hacia dentro y, desde ahí, ofrecer su promesa y su mensaje. Debe tener muy en cuenta la realidad que se vive pero invitar exigentemente hacia aquella meta que aún no es realidad del todo entre nosotros —es todavía utopía— pero a la que hay que trabajarle un sitio en nuestro ahora.

*Formamos parte de la modernidad europea. Los últimos siglos, con sus altibajos, están marcados por la secularización. Amplias zonas de la vida (la cultura, la economía, la técnica, la ciencia, la propia escala de valores de los individuos, sus convicciones personales) quedan cada vez más lejos de las tradiciones religiosas. Hay sociólogos que hablan de una segmentación creciente de la sociedad. La religión es sólo uno de esos segmentos y no tiene un especial poder de irradiación. Crece el número de los que no forman parte de ninguna confesión religiosa y si no se proclaman ateos militantes —este término estaría hoy fuera de lugar— se confiesan agnósticos o dicen creer vagamente en algo que no se sabe qué es. La identificación con la propia iglesia se hace más incómoda y cuestionable. Esta situación lleva a las iglesias a una desapacible situación de crisis. Ser **minoría**, tal vez no resulta tan difícil pero ir siendo **cada vez más minoritarios** es algo que crea desasosiego e incertidumbres.*

Hay, ciertamente, una búsqueda difusa de lo religioso. Algunas empresas ofrecen/prescriben a sus directivos cursos, no sólo sobre cuestiones éticas, sino sobre pensamiento positivo o meditación trascendental. El interés por ciertas religiones del lejano Oriente, la India o África puede mantenerse o incluso crecer. También este «despertar» religioso está marcado por la ambigüedad. Una religiosidad sincretista, pluralista, vagamente difusa y destinada al consumo coexiste con una indiferencia creciente ante la gran pregunta de si tiene sentido —y

cuál— confiar en la existencia de un Dios personal. A la religión se acude o angustiadamente en momentos importantes de crisis o rutinariamente en los llamados «ritos de paso»: nacimiento-bautismo, boda, muerte. La vida cotidiana de los europeos parece bastante irreligiosa o arreligiosa.

¿Qué año jubilar?

EL año jubilar es un cauce amplio. Su sosegada anchura acoge opciones diversas. ¿Nos permitirán nuestros lectores que expresemos nuestras aspiraciones y preferencias?

* Deseamos un año jubilar en que predomine un espíritu de verdadera **Reforma**. En el año 1950 el entonces perseguido teólogo dominico P. Congar, creado después cardenal por Juan Pablo II, escribió un libro «**Verdadera y falsa Reforma en la Iglesia**». En este escrito se afirmaba expresamente que la tarea de reformarse pertenece a la esencia propia de la Iglesia en cuanto que es, no una «societas perfecta» sino un Pueblo de Dios en marcha.

Reformarse requiere un careo honesto, fecundo y exigente con los propios orígenes. No por un vaporoso romanticismo bíblico. También la comunidad de los primeros cristianos estaba marcada por la ambigüedad. La fidelidad a los orígenes, al mensaje y a la actuación, en definitiva a la persona de Jesús el Cristo, es el presupuesto esencial de la identidad de la propia Iglesia. Se trata de dejarse coger por la «dinámica del origen» (A. Vögtle) para seguir viviendo y dando testimonio del mensaje de Jesús en el mundo de hoy.

* Si este año 1997 está dedicado a Cristo, la Iglesia deberá hacer suyas las actitudes fundamentales de la vida de Cristo. Por ello deseamos que el «año jubilar», se **clave en lo que fue más importante para Cristo: Dios**. La Iglesia de hoy se encuentra ante la necesidad no tanto de justificarse a sí misma —esta cuestión es

provisional y sólo de mediana importancia— sino de hacer creíble para el hombre actual y experimentable la vivencia de Dios. El teólogo vienés Paul Zulehner tiene una afirmación saludablemente contundente: **«Me atrevo a decir que el mayor pecado de la Iglesia es el ateísmo eclesial. Es una palabra muy dura. Pero es como si la Iglesia misma se olvidara de Dios, se fiara demasiado de sus planes y sus fuerzas y se preguntara poco qué es lo que Dios le pide y para qué la capacita. En resumen el mayor pecado de la Iglesia actual es la debilidad de su mística».**

Necesitamos en realidad «re-descubrir» al Dios anunciado y vivido por Jesús. Necesitamos contemplar el rostro del Ser Personal, invocado por Jesús de Nazaret como Padre, que ama sin condiciones y que acoge también a los desagradecidos y a los malos (Lc 6, 35). Este mensaje de Jesús encendió en el mundo la mecha de la más radical —y al mismo tiempo pacífica— de las revoluciones.

* Deseamos un año jubilar que se celebre con austeridad, al estilo de la sencillez evangélica de Cristo. Cada época tiene su talante. Ha habido momentos, no muy lejanos, en los que la Iglesia con paso triunfalista podía parecer muy dedicada a anunciarse a sí misma, como si la avidez por el aplauso de las multitudes o el recuento de sus afiliados le importasen más que el Señor y el mensaje que ella predica. Sin complejos de inferioridad y sin seguridades de falsete aspiramos a compartir con todas las personas de buena voluntad aquello que tenemos: nuestra confianza en Dios.

* Pero el centro de la fe cristiana no es el culto a Dios, sino al rostro **humano** de Dios, a Jesucristo, Hijo no sólo del Padre Eterno sino hijo también de esta tierra, hijo de hombre. Deseamos un año jubilar que se centre no en la Iglesia sino en los hombres.

EN la carta apostólica ya citada sobre el gran jubileo del año 2000 («**Tertio millennio adveniente**»), Juan Pablo II recordaba la rica tradición

de los «años sabáticos» del Antiguo Testamento, que se celebraban cada siete años, y el año jubilar cada cincuenta. Estos años tenían un fuerte contenido social. El culto a Dios se concretaba en muchas y muy generosas medidas de generosidad con los hombres, especialmente los más desvalidos. Una atrayente celebración del año jubilar consistiría en que la Iglesia propusiese —y realizase ella misma en su ámbito— algunos «gestos concretos». No se puede pretender una relación con Cristo que esquive a los pobres. Es cierto que no le corresponde a la Iglesia ni tiene medios para «organizar» la vida de la sociedad. No ignoramos que nos encontramos en una economía cada vez más globalizada y privatizada y que el mercado tiene gran importancia aunque esté también aquejado por límites no pequeños. Esa globalización, hoy por hoy, parece irreversible. Pero estas constataciones, muy generales por supuesto, no responden satisfactoriamente todas las preguntas: ¿quién atiende y asume aquellas necesidades que no son satisfechas por el «mercado»? ¿a quién va a parar fundamentalmente el beneficio de las inversiones privadas en los países pobres? ¿Hay que seguir contemplando pasivamente cómo el servicio de la deuda externa acapara una buena parte de los talentos nativos, que estarían mejor empleados en la promoción de ese país? Las reformas agrarias y la redistribución de las propiedades, ¿son simplemente curiosidades teóricas o casos prácticos que pertenecen al pasado, para gozo de los eruditos investigadores? Es cierto que hay presupuestos restrictivos, que las condonaciones de deuda a países más pobres desaguan con frecuencia en las cloacas de la corrupción o en la ineficacia de administraciones tercermundistas. Pero en no pocos puntos del mundo la solidaridad de grandes dimensiones está en retirada. Ante éstas y otras muchas urgencias, los cristianos tendríamos que comprometernos más activamente en la defensa de la promoción social. Todo esto tiene su traducción implacable a las mesas de negociación y a los mercados financieros y comerciales. Tenemos los cristianos el peligro de anestesiarnos con las

grandes palabras que, en cansina complicidad, nunca llegan a traducirse en medidas operativas. Sería bueno que en este año jubilar nos preguntáramos los católicos y también nuestra propia Iglesia en todos sus niveles si la superabundancia doctrinal casi indigesta de nuestros documentos llega a provocar algunos reajustes: desde el presupuesto personal o familiar hasta el funcionamiento de los organismos católicos.

LOS últimos años han estado jalonados por una serie de conferencias internacionales de contenido social: Río de Janeiro (Medio Ambiente), El Cairo (políticas demográficas y desarrollo), Viena (derechos humanos), Copenhague (pobreza), Pekín (la condición de la mujer), Estambul (habitat). Numerosos y graves problemas sociales ocupan la atención de los foros públicos. Un año jubilar católico que ignorase estas preguntas o les dedicase sólo una atención gradilocuente y retórica quedaría más cerca de los festivales folclórico-religiosos que de una celebración respetable en sí y respetuosa de la situación de nuestro planeta.

Una celebración invita a la esperanza. Aun en medio de cierta oscuridad, algunos peligros y la propia incoherencia, los católicos de hoy, la Iglesia, quieren renovar su compromiso de hacerse contemporáneos de Jesús, su doctrina y su causa. En definitiva «el futuro de las iglesias dependen de si son capaces de vivir con Dios y desde ahí hacerse realmente presentes en el futuro del mundo» (Schillebeekcx).